

Media hora después de mi exitosa entrevista mantenida con Kathryn, me topé con ella en uno de mis regresos al Stray 3. Paré y fingí leer algunos avisos en el tablón de anuncios del foyer. Ella sonrió. “Usted viene a verla otra vez, ¿no es verdad?”

Al final de la tarde, con otras 20 horas de espera hasta que se alcanzara la hora límite, 1 P.M. de Welch y venciera su plazo al día siguiente, la espera comenzaba a afectarme. Comencé a comportarme, bien y mal.

En el exterior del refugio, justo delante de la oficina de Mollaghan, oí por casualidad a un par de jóvenes que preguntaban a un trabajador voluntario que se encontraba por allí acerca de “un pequeño perro lindo, blanco y negro llamado Cricket”

“Esa es Olive,” me dije, saliendo del escritorio, casi asustando a la pareja. “No tiene remedio. Están hablando de ella.” Me sentía peor.

De regreso a la oficina de Mollaghan, desarchivé la petición de Welch, para obtener información sobre su número de teléfono y lo llamé por intermedio de mi celular. Quería saber sus intenciones, y hablar sobre ellas, si se diera el caso. Si eso no funcionara, estaba preparado para ofrecer dinero. Y mucho. Pude oír un mensaje automático del contestador de su celular pero decidí no dejar un mensaje. Eso, por alguna razón, me parecía demasiado extraño. Hice tres llamadas más durante el transcurso de la hora siguiente. Alguien atendió la última vez, y después apagó el teléfono. Bromeé con Mollaghan diciéndole que Welch parecía tener problemas, el de entrar en cólera con facilidad y quizás debería ser descalificado. Ella rió. O casi.

Mollaghan, que también trabaja a tiempo parcial como consultora en comportamiento de perros, tenía una cita esa tarde en el hogar de un cliente con quien había ubicado recientemente un perro callejero del Pueblo del Lago. Me preguntó si quería acompañarla. En un impulso se me ocurrió entrar en contacto con Welch, aun cuando fuera exactamente el procedimiento incorrecto, ya que podría ocurrir que le reforzara el deseo (que de hecho había disminuido hace tiempo). Mollaghan estuvo de acuerdo conmigo. Hicimos un trato. Si Welch llamaba, ella me contactaría, y luego podría ir a conversar con él.

El perro que visitamos esa tarde, era de color negro, cruza con Schnauzer llamado Sparky, era el vivo testimonio de las milagrosas energías de los cuales solo unos gramos eran requeridos para el entrenamiento sobre su comportamiento y el correcto relacionamiento del ser humano con el perro. Sparky había sido abandonado tres meses antes, dentro de una caja que luego tiraron en el Pueblo del Lago. Recogido de, al parecer, un apartamento abandonado en un complejo habitacional de alguna parte del sur de Austin, era la información que surgía en la ficha de Sparky donde se leía solamente, “encontrado en un cuarto.” El perro estaba famélico y absolutamente débil. En el curso de su evaluación de rasgos, él intentó morder a Mollaghan.

“Las cosas no venían bien para Sparky,” dijo Mollaghan

Nos paramos delante de una mansión (estilo georgiano) de ladrillos, encantadora, en la vecindad de Aldridge en Austin.

“Ahora mire.”

Los nuevos dueños de Sparky, Elizabeth y Dennis Cole, habían tenido previamente una mala experiencia con un perro adoptado del refugio donde había perros huérfanos dejados por el Huracán Katrina. Elizabeth Cole vino hasta el Pueblo del Lago donde una consulta pre-adopción con Mollaghan para intercambiar ideas sobre lo que ella buscaba en un perro.

Mollaghan me dijo que Sparky, no era el prototipo que ella buscaba, pero después de su consulta, Cole fue por su cuenta recorriendo los refugios de Pueblo del Lago y cayó rendida inmediatamente frente a Sparky.

“Me gustan los hombres reciclados,” me dijo Cole mientras nos sentábamos a tomar el café en su patio trasero. “La primera unión de mi marido terminó en divorcio.”

Después de que Cole eligiera a Sparky, Mollaghan fue inmediatamente a trabajar con el perro, sacándolo de su canil y manteniéndolo al lado de ella en su oficina todos los días. Lo fue condicionando gradualmente a la compañía humana y pudo templar sus tendencias agresivas.

Ahora, en el patio trasero de los Cole, ella está instruyendo a su hijo de 11 años, Criss, sobre cómo manejar un Sparky extremadamente, feliz y de tierna mirada. El perro estaba ahora con los Cole desde hacía cuatro meses. Una historia canina de la vida real, verdaderamente enriquecedora.

“Lo conseguimos básicamente para nuestro hijo,” me dijo Elizabeth Cole, sonriendo ampliamente.

“Pero ahora estoy totalmente enamorada de él.” Pregunté si habían persistido algunos problemas con Sparky, el que ahora estaba a mis pies, tranquilamente, mientras yo lo acariciaba. Cole dijo

que la única cosa que él rechaza era subir las escaleras. Todo eso, solamente fomentó mi fervor por Olive, convenciéndome de que cualquiera hubieran sido las causas por la cual fuera rechazada dos veces por sus dueños anteriores, las mismas podrían, ser superadas.

Pues como se dieron las cosas, sin embargo, no necesitaba el haberme preocupado. Sobre ninguna de ellas. Al día siguiente, se cumpliría otro plazo para que vinieran por Olive y éste, pasó.

Mollaghan me telefoneó a mi hotel a la 1 P.M. para decirme que la pequeña muchacha era mía.

Ya han pasado tres meses. Olive y Roz juegan juntos todo el día, y duermen toda la noche, abrazados. No existe ningún signo hasta la fecha, de algún diablo interno.

Es difícil imaginar ahora por qué nunca lo reclamaron, o por qué sus pretendientes nunca aparecieron. He pensado a menudo en tomar el teléfono a intentar descubrirlo, pero de alguna manera, es mejor no saber nada.

A veces, Mollaghan me dijo, el comportamiento de un perro simplemente lo desborda y llega a reflejar el ambiente en el que está viviendo, y es una reafirmación profunda, que sale de lo hondo de su corazón. A medida veo la diaria pérdida de ansiedad por abandono en Olive: desde los momentos a partir de los primeros días, en que ella me siguiera por todas partes pisándome los talones, aun cuando me levantara para beber agua durante la noche, hasta verla ahora con su atrevimiento a solas, durante nuestras caminatas en el parque, corriendo hasta casi perderse de vista, solamente porque ella siente que ella puede.

Charles Siebert, escritor que contribuye a divulgar con frecuencia temas sobre animales, está trabajando en "Humanzee," un libro acerca de los seres humanos y los chimpancés.